

INTRODUCCIÓN

«Me parece que oigo que a la cruda,
inexorable diosa, demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?».

GARCILASO DE LA VEGA,
Égloga I (Invocación a Lucina)

ISLA DE PINOS, 1582

Al oeste de la isla de Pinos, resguardada por los cayos de los Indios, que se prolongan hasta casi tocar el litoral de Cuba, se abre la ensenada de la Siguanea: un rincón caldeado y traicionero, cuajado de arrecifes, al que sólo los capitanes muy audaces, o muy desesperados, se atrevían a entrar. Al fondo desagua, en un laberinto de islotes y canales, el río San Pedro. Una manigua cenagosa devora sus márgenes y forma una bóveda vegetal tan cerrada que en algunos trechos apenas entra la luz del sol.

Una canoa de una sola pieza descendía por aquellas aguas calmas y verdosas. El mulato que la gobernaba, desnudo salvo por un taparrabos, dio un par de paladas enérgicas y desvió la embarcación hacia un calvero en la orilla norte.

Junto a un talud soleado dormitaba un grupo de caimanes. Uno de ellos bostezó con pereza, mostrando su dentadura aparatosa. Más allá, entre los juncos, varios flamencos de un rosa intenso escarbaban el limo con sus picos. Unas paladas más y la canoa alcanzó un pantalán de madera medio podrida. El mulato la amarró a un poste, y la anciana que lo acompañaba se puso en pie, se colgó del hombro una cebadera de cáñamo y descendió.

—¿La espero? —preguntó el mulato.

—No sé cuánto tardaré —repuso la mujer. Y sin añadir palabra, cruzó el embarcadero y se internó por una vereda muy trajinada, que conducía al caserío de la Iguana, refugio de indios, cimarrones y renegados que abastecían, cuando se terciaba, a los navíos que se atrevían a recalar en la ensenada.

A aquella hora de la mañana, el estrépito de las aves en lo alto y los chillidos de los monos ocultaban cualquier otro sonido. En el cielo, algunas nubes empezaban a elevarse como columnas de mármol.

La anciana cruzó entre un grupo de quince o veinte chozas de palma y cañabrava, dispuestas sin orden. Había gallinas, pavos y cerdos que campaban por doquier. Hombres, mujeres y chiquillos iban y venían por el caserío o se mecían en hamacas colgadas de los corredores.

Junto a un gran amate, en un bohío algo apartado, un muchacho mestizo partía leña con un hacha, mientras otro, más pequeño, recogía las rajas y las colocaba en una pila. Detrás, acucillada junto a un fogón, una mujer troceaba una gallina y echaba los pedazos en un perol ennegrecido por el humo. Al ver a la anciana, se detuvo y se limpió el sudor con el dorso de la mano. El calor era sofocante.

—¿Y tu hija? ¿Se ha puesto de parto?

—Ya le han comenzado los dolores. —La mujer señaló hacia la entrada del bohío y volvió a lo suyo.

La anciana sacó de la cebadera un veguero, lo prendió con una astilla y dio unas chupadas. El tabaco crepitó levemente entre sus dedos, y el humo azulado dibujó espirales antes de diluirse en el aire quieto. Cuando estuvo bien encendido, apartó la cortina de sacos que hacía de puerta y penetró en la choza.

La penumbra, una vez se acostumbró a ella, no resultaba tan oscura. El suelo, de tierra batida, estaba recién barrido y el aire olía a humedad y podredumbre. Pegados a las paredes había varios camastros rudimentarios, hechos con ramas y cubiertos con esterillas de petate. Sobre un tabanco, en un rincón, se veían dos cántaros de barro con sendos cacillos en las bocas. Una silla baja servía de asiento a una mujer joven que cosía con destreza un vestido, mientras tarareaba algo apenas audible.

Mostraba en sus facciones la mezcla de todas las razas: los labios anchos, la nariz fina, los ojos marrones y ligeramente rasgados, la piel cobriza y tersa. El cabello, muy rizado, le caía en trenzas pequeñas y apretadas que recogía en lo alto de la cabeza con una cinta roja. Levantó la vista y sonrió.

—Mucho has tardado, Tomasa —dijo.

—Vengo de muy lejos.

La mujer dio las últimas puntadas, cortó el hilo con los dientes y se levantó con agilidad, a pesar de la preñez. Se llevó las manos a los riñones y arqueó el cuerpo con un gemido de satisfacción. Vestía una saya amplia, de algodón crudo.

—Túmbate en la cama —dijo Tomasa.

—Ahora no me duele.

—De todas formas.

La joven se recostó con cuidado sobre uno de los petates y suspiró hondo. Tomasa se sentó a su lado, le remangó la saya y posó las manos sobre el vientre orondo y terso.

—Va a llover. —Tomasa tenía la voz ronca, y su habla era una mezcla de castellano y taíno.

—Llueve todos los días.

—Y la luna está creciendo.

—Igual que mi vientre.

Tomasa dio una calada profunda al veguero y expulsó el humo por la nariz. Hacía calor, también dentro del bohío. Un calor húmedo, desagradable y pegajoso que se metía por los poros y lo empapaba todo. Por la techumbre de palma se colaban haces de luz que iluminaban las motas de polvo.

—No debiste volver —dijo la anciana. Su rostro, arrugado y moreno, parecía una corteza reseca; el pelo color ceniza lo mantenía recogido en una trenza, gruesa como maroma, que le bajaba hasta el arranque de las nalgas.

—Son cosas de Atabey.

—¿Cómo sabes que ha sido ella?

—La voz de la Gran Madre no engaña.

—Quizá tú no sepas escucharla.

En los ojos de la joven asomó una chispa de inquietud. Tenía fe en los dioses arahuacos, y mucha más en Tomasa, que guardaba su memoria y sabía interpretar sus señales. Pero al punto recuperó la seguridad.

—A mí nunca me ha fallado.

Tomasa no respondió. Se limitó a palpar de nuevo el vientre con los dedos.

Las contracciones regresaron avanzada la tarde, espaciadas primero, luego cada vez más cercanas, en oleadas que no daban respiro. El cielo se llenaba de nubes más grandes y más grises, que crecían unas sobre otras, lentas y pesadas, hasta cubrirlo por completo. La claridad del día se apagó de golpe, y fue preciso encender un candil.

Los truenos largos, graves y rotundos, sostenidos, sonaron como un aviso. Después, sin transición, se abatió sobre la tierra una cortina espesa que golpeaba con furia los techos de palma y barría el suelo con violencia.

La parturienta rompió aguas.

—El mar se lo va a llevar —murmuró Tomasa, agachada entre sus piernas.

La tormenta arreció. Era ya una masa compacta que borraba los contornos: los árboles, los corrales, las chozas vecinas. El agua descendía en hilos gruesos, formaba regueros achocolatados que abrían

surcos en el suelo y corrían hacia el río San Pedro y lo arrastraba todo, hojas, ramas, plumas, excrementos, restos de ceniza, suciedad.

—¡Empuja!

El grito de Tomasa asustó a la madre, que sostenía el candil en alto.

La joven tomó aire con dificultad, apretó los dientes, arrugó el rostro y empujó como si en ello se le fuera la vida. El dolor la desgarraba por dentro, la partía en dos, pero el cuerpo no obedecía.

Las trencillas cobrizas se le habían desparramado sobre el cojín. Hebras sueltas, húmedas y pegajosas por el sudor, se le adherían a la frente y a las sienes. A la luz vacilante del candil, las mejillas parecían hundidas y la barbilla más afilada. Movía la cabeza de un lado a otro, desorientada, vulnerable.

—No puedo —jadeó, en el breve intervalo entre dos embestidas de dolor—. No puedo...

—Claro que puedes —replicó Tomasa—. Ella te ha señalado. Ella te guía. Confía en Atabey.

Junto al catre había una palangana con agua tibia y limpia. A su lado, varias colillas de vegueros consumidos, que daban testimonio de las horas transcurridas. El humo del tabaco, mezclado con el vaho del sudor y el olor de la lluvia, formaba una atmósfera espesa, casi irrespirable.

El dolor volvió de golpe, como un terremoto. La joven se arqueó, tensó el cuerpo, gruñó y gimió hasta desfigurarse el rostro. Luego quedó desmadejada, sin fuerzas, apenas consciente, hasta que el ciclo comenzó de nuevo.

En el techo, la lluvia repiqueteaba con furia creciente. Al fondo de la choza, los dos muchachos —el que rajaba leña y el que la apilaba— hablaban en un murmullo monótono y continuo.

Un rayo estalló muy cerca con un traquido seco, semejante a un cañonazo, pero multiplicado por cien. Una luz blanca, azulada, inundó el interior del bohío por un instante, un fulgor frío, casi funerario, que dejó las sombras clavadas en las paredes. Tomasa alzó la cabeza y negó despacio.

—Necesita ayuda —dijo.

Entonces se incorporó, cogió la cebadera y rebuscó en su interior hasta dar con un manojo de hojas verdes. Separó unas cuantas, se las llevó a la boca y las masticó con lentitud. Escupió la pasta verdosa en la mano izquierda, se inclinó sobre la parturienta y le pidió que abriese la boca. La joven obedeció. Al principio tuvo arcadas, pero se contuvo y se la tragó.

—La vas a matar —dijo la madre.

—La pongo en manos de Atabey. —La anciana encendió otro veguero.

Una nueva contracción sacudió el cuerpo de la muchacha. Apretó

los dientes, se mordió los labios hasta hacerse sangre. Los músculos del rostro se le deformaron, los ojos se le nublaron. Rechinó los dientes con un sonido agudo, animal.

Poco a poco, su respiración se relajó y entró en un letargo extraño, un trance entre el dolor y el delirio. Del pecho le brotó un gemido prolongado.

El tiempo pasaba.

Estalló otro rayo, más cercano que los anteriores. Un fognazo blanco, casi sobrenatural. Temblaron los horcones, y del techo de palma gotearon regueros de agua. El trueno fue terrible. Y al trueno le siguió otro grito, más hondo, más agudo, un alarido salvaje y desgarrador que se hizo uno con el estruendo de la tormenta, con el rumor de la manigua entera, que paría también con ella.

La cabeza de la criatura asomó por la boca de la madre.

—Más..., más, empuja más —dijo Tomasa, mientras enganchaba con los dedos sarmentosos la pequeña coronilla negra.

Y la joven obedeció con las últimas fuerzas que le quedaban. El cuerpo se le tensó, rígido como una ballesta, y con un último gemido ronco terminó de expulsar a la criatura, que cayó en las manos de la anciana, chorreante, casi escurridiza. Tenía la nariz chata, una oreja doblada y la piel manchada de sangre.

Tomasa cortó el cordón con un cuchillo y se lo tendió a la abuela.

—Entiéralo fuera, al pie del amate.

—Que lo haga uno de los muchachos.

—No. Hay que enterrar las ofrendas para que la diosa las reciba. Y tienes que ser tú. Vamos, apúrate, antes de que amaine.

La mujer la miró con espanto, pero obedeció. Salió al aguacero, que la empapó en un instante. Se arrodilló en el barro, con las manos abrió un hoyo junto al árbol y depositó el cordón umbilical. Cuando regresó, su hija ya había expulsado las secundinas y sostenía al niño en brazos.

—Es un niño feo —dijo.

—Ya tendrá tiempo de volverse hermoso —respondió la exhausta madre.

—Trae la vida y también la muerte —dijo Tomasa, con el cigarro en los labios. Y repitió—: El mar te lo va a quitar, Yabama.

—Entonces será como su padre.

Yabama cerró los ojos y la imagen del hombre acudió al instante. Habían pasado ocho meses desde que partió de Siguatepeque a bordo de un bajel pirata. Ocho meses no eran nada. O podían ser mucho. Pero ella lo recordaba como si se hubiera marchado ayer. Llevaba sus besos y sus caricias tatuados en la piel. Su rostro en las retinas. Su calor guardado entre los muslos. Y en los labios, su nombre: l'Avide.

I

1

GALEÓN SAN MARTÍN

Los cuatro atambores comenzaron a tocar a un gesto del capitán. Movían las manos al unísono, con destreza y rapidez, las espaldas rectas, los hombros adelantados y los pies firmemente asentados sobre las tablas de la cubierta. Las cajas, que colgaban terciadas de las correas, tenían los aros pintados de rojo, los vasos de blanco con una cruz de San Andrés y negros los cordones de la piola. Las baquetas golpeaban con fuerza el cuero lustroso de los parches, marcando un ritmo seco y solemne que apagaba por completo cualquier otro sonido. Rataplán, tan, tan, ratarataplán. Rataplán.

Los soldados, formados en cubierta, mantenían un mutismo expectante. El viento hacía ondear los pendones, las plumas de los sombreros y las telas de las vestimentas. El redoble se prolongó durante varios minutos y se tornó incómodo. Algunos soldados movían la cabeza con disimulo y con la mirada buscaban a sus compañeros.

En el alcázar, rodeado de nobles con escoltas y oficiales de mar y guerra se encontraba el duque de Medina Sidonia, capitán general de la Grande y Felicísima Armada. Llevaba una armadura oscura recamada en oro y bellamente labrada y una capa negra volcada sobre el hombro. El rostro serio, como cumplía a la ocasión, la boca apretada y la barbilla adelantada, era la viva imagen de la severidad.

El sol se ocultó tras un nubarrón orlado de blanco, y la luz de la mañana se apagó de golpe.

Tosió el duque y los tambores cesaron al instante. El silencio dejó oír los sonidos que la música había sofocado, el chapoteo del oleaje contra el casco, el restallar de la jarcia contra los mástiles, el flamear de las velas, los graznidos de las gaviotas. Las grímpolas y gallardetes ondeaban en los topes de los palos.

El capitán del galeón San Martín dio un paso adelante, cogió un rollo que portaba en el cinto, desató con torpeza la cinta que lo cerraba y desplegó el papel, pero una ráfaga casi se lo arrebató. Los dedos de Marolín de Juan, hinchados por años de intemperie, lucharon unos instantes por sujetarlo. Una vez afianzado, lo inclinó contra el viento, se aclaró la voz y leyó sin titubear la sentencia redactada esa madrugada

por el escribano real, y firmada por el duque, que condenaba a Cristóbal de Ávila, capitán de la urca Santa Bárbara, a la pena capital por desobediencia manifiesta durante la acometida inglesa del once de agosto pasado, cuando rehusó alinear su barco para el combate.

Plegó el papel.

Un murmullo nervioso se elevó entre la tropa, alguna exclamación:

—¿Qué justicia es esta?

—¡Levantad el castigo, general!

—¡Silencio! —exigió el capitán De Juan, pero el rumor prosiguió.

El duque de Medina Sidonia se aproximó al barandal del alcázar y recorrió la cubierta con la mirada, hasta que no quedó voz que osara alzarse.

—He conmutado la pena a veinte oficiales —dijo con irritación—, pero esta se ejecutará.

El condenado se hallaba al pie del árbol mayor, con las manos atadas. Había escuchado la sentencia sin alterar la expresión. Dos alguaciles lo tomaron de los brazos y lo condujeron hacia el cadalso mientras el verdugo colocaba bajo la horca una caja de madera. Cristóbal de Ávila giró la cabeza hacia el alcázar. Su rostro barbado y pálido conservaba un aire digno, y en sus ojos se adivinaba la aceptación de un destino inevitable. Rehusó la venda que le ofrecieron y subió por su cuenta a la caja, que crujió bajo su peso.

El verdugo le ajustó el lazo alrededor del cuello y aseguró el otro extremo de la soga en una de las piezas del cabillero. Un alférez sostenía en alto una bandera que ondeaba con tal fuerza que estorbaba la visión de los soldados más cercanos. El galeón, puesto en facha, se balanceaba sobre las agitadas aguas del mar del Norte. El condenado separó las piernas tanto como el reducido espacio de la caja se lo permitía.

Fray Francisco de Carvajal, de la orden de Santo Domingo, se acercó con un crucifijo que el reo besó con devoción. Ambos inclinaron las cabezas y rezaron en un susurro piadoso. Al concluir, el fraile trazó la señal de la cruz sobre la frente del hombre y pronunció las palabras de absolución.

—El crucifijo, padre —pidió el reo con voz contenida. Al recibirlo, lo apretó con fuerza entre sus manos atadas, tal si fuera un ancla para su alma.

Una ráfaga rebelde envolvió al sacerdote con la bandera. El alférez tiró del asta para librarlo de ella, pero lo hizo trastabillar y perder pie. Al punto se enderezó y se sacudió la sotana mientras algunas risas surgían entre los soldados. El redoble de los tambores devolvió la atención al acto que estaba por consumarse. Cristóbal de Ávila alzó

la vista hacia el cielo y movió apenas los labios. El verdugo pidió permiso al duque para proceder y Medina Sidonia se lo concedió.

Los tambores aumentaron el ritmo. Las baquetas percutían sobre el cuero con un repiqueteo frenético. El verdugo dio una patada a la caja y dejó sin apoyo al condenado. El rostro se le descompuso, la piel pasó de rojo a morado y luego a azul. Pataleó en el aire con movimientos espasmódicos, culebreaba con los hombros, con la cadera, con las piernas, en una pugna instintiva e inútil contra la muerte, y, tras unos momentos de agonía, el cuerpo quedó inmóvil al extremo de la soga, balanceándose a su compás, con los ojos fijos, muy abiertos, y los fluidos derramados.

Callaron las cajas. El duque ordenó romper filas y Francisco de Bobadilla, maestre de campo general, transmitió la orden a los capitanes. Los hombres, sobrecogidos por lo que habían presenciado, tardaron un rato en dispersarse.

El duque de Medina Sidonia se volvió a uno de sus asistentes y le ordenó que el cadáver fuera colgado del penol de un barco auxiliar y paseado ante toda la armada, para que su muerte sirviese de ejemplo a tibios y pusilánimes.

—¿Os parece bien un patache, excelencia? —preguntó con respeto el asistente.

—Cualquiera valdrá.

El subordinado se marchó, y el duque, girándose hacia el capitán del galeón, añadió:

—Señor De Juan, reunid a mi consejo. Necesitamos enviar hombres leales a los barcos más dudosos.

El capitán se apresuró en obedecerlo. Mientras los convocados se dirigían a la cámara principal, el cuerpo de Cristóbal de Ávila fue descolgado y depositado junto al portalón del combés, a la espera de que lo trasladaran al patache. Aquí y allá se vislumbraban jirones de cielo azul, pero en el horizonte se acumulaba un ejército de nubes bajas con muy malas intenciones.

2

MAR DEL NORTE

El sargento Salazar fue enviado a la urca Santa Bárbara, la que había mandado el difunto Cristóbal de Ávila. Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, le ordenó que escogiera a un hombre de confianza y se trasladase a aquella nave.

—¿Cuál será mi cometido, excelencia? —preguntó con cautela el sargento.

—Mantener el oído atento. Donde ha habido un traidor, puede haber ciento, y aseguraos de que esa urca no se aparte de la formación.

Duarte Salazar apenas reparó en el comentario de Medina Sidonia y se removió inquieto, todavía acosado por dudas.

—¿Puedo haceros otra pregunta, excelencia?

—Sed breve, que no faltan navíos donde ajustar cuentas.

—Tras la ejecución del capitán Ávila, ¿quién quedará al mando de la Santa Bárbara?

—¿Quiénes están disponibles?

Duarte tomó aire antes de responder:

—El mestre de la urca, un flamenco llamado Johan Andriessen, y el capitán de infantería Bartolomé Bravo, del tercio de Nicolás de la Ysla.

—¿Ningún caballero de calidad?

—No, señor. Una urca destinada al transporte de pertrechos no es destino atractivo para capitanes aventureros o entretenidos.

—Un extranjero o un posible rebelde, ¡vaya dilema! —bufó el duque—. Que asuma el mando el capitán Bravo, pero mantened a ambos bajo vigilancia.

Asintió Duarte y permaneció junto al duque.

—¿Qué más deseáis? —la pregunta del duque mostraba su impaciencia.

—La patente de mando. Así será oficial el nombramiento.

El duque se rascó la cabeza, cubierta por un pelo ralo y deslucido.

—Mi escribano os la entregará —respondió al fin—. Señor Salazar, os tengo por un hombre despierto, que entiende las órdenes sin necesidad de rodeos. Por eso os encomiendo esta misión; por eso y porque la mitad de los soldados de esa urca son portugueses. No me defraudéis.

Duarte Salazar asintió con decisión y partió a cumplir sus órdenes. En poco tiempo preparó su baúl, se despidió de sus compañeros, eligió a un soldado de su confianza y recogió la patente de manos del escribano.

A media mañana, la armada inglesa volvió velas y desapareció en el horizonte. En el consejo de guerra que siguió, se discutieron las razones de la maniobra enemiga, pero, como de costumbre, el consenso brilló por su ausencia. La opinión predominante fue que los ingleses evitaban un nuevo enfrentamiento porque, al igual que ellos, habían sufrido serios quebrantos y no estaban, por tanto, en condiciones de seguir su estela.

Atendiendo la sugerencia de sus asesores, Medina Sidonia dispuso enviar a los capitanes el itinerario de regreso, que los llevaría a rodear Gran Bretaña por el norte. Por desgracia, las cartas elaboradas en Lis-

boa para guiar a los pilotos no incluían las aguas de Escocia ni las de Irlanda: nadie había imaginado que el regreso sería por aquella peligrosa ruta. Tantos fueron los errores y omisiones cometidos que podían darse por satisfechos de que el desastre no hubiera sido mayor.

Al llegar a la Santa Bárbara, Duarte entregó la patente al capitán Bartolomé Bravo, que la leyó sin entusiasmo.

—No es ningún honor el que se me hace. —Guardó el documento entre el cinturón y la ropilla—. ¿Y vos? ¿Cuál será vuestra función?

—Tengo órdenes de ponerme a vuestra disposición —respondió Duarte con seriedad.

Bartolomé Bravo, que se hallaba en el combés de la urca rodeado de varios soldados, le dio un repaso con la mirada. Si le gustó o le disgustó, no lo dio a entender.

—Acompañadme. Os presentaré al maestre.

Johan Andriessen recibió las noticias con un gesto desdeñoso. Apenas echó un vistazo a la patente antes de decir:

—Un capitán u otro, ¿qué más da? Mi trabajo siempre es el mismo. —Luego, les dio la espalda y volvió a su faena.

—Es un hombre poco comunicativo —le explicó Bravo—. Ya lo iréis conociendo.

Duarte asintió en silencio, mientras meditaba que su misión era precisamente esa: observarlos y entenderlos.

La dotación de la urca era de cincuenta hombres entre castellanos y portugueses, además de algunos flamencos de su tripulación original, antes de que fuera embargada en Lisboa.

El capitán Bravo prefirió alojarse en la bodega, junto a la tropa, quizá para evitar el destino de su predecesor. Tampoco el maestre quiso la cámara del alcázar, alegando que no le correspondía. Así que Duarte se instaló en ella, aunque compartió el espacio con Eugenio López, su ayudante, a quien procuró un colchoncillo de lana.

Por lo demás, la cámara no era gran cosa. Comparada con la del San Martín, resultaba un simple tambucho. Y no sólo por el tamaño, sino porque en un mercante el espacio era para la carga.

—Nadie parece conforme con su puesto, señor sargento —comentó su ayudante por la noche—. Ni el capitán, ni el maestre ni nadie.

—Cada cual lleva su cruz, Eugenio. Y esta urca no es la excepción.

—No querría vuestra tarea ni por un año de paga.

—El soldado hace lo que debe, no lo que quiere. Pero baja la voz. Estos mamparos son como pergaminos, y no quiero que mañana repitan nuestra charla en los corrillos.

Eugenio rio por lo bajo y obedeció.

3

LONDRES

«De Manuel de Aranda a Bernardino de Mendoza, embajador de Su Católica Majestad en París. Cifrada.

Tomo la pluma con premura y no poca zozobra para poner a Vuestra Señoría al corriente de las muchas y muy apremiantes novedades que han traído estos días, en los que nuestras naves —tras los largos y fatigosos meses de espera en Lisboa y en La Coruña—, enfrentaron al enemigo con objeto de cumplir el propósito para el cual fueron armadas. Los acontecimientos se precipitan, y lo que ayer eran especulaciones son hoy hechos consumados que han de merecer juicio sereno. Por la urgencia de enviar a V. S. las nuevas con la mayor celeridad, y porque el patrón de la zabra que ha de llevar esta misiva parte esta misma tarde con destino al puerto de Ostende, en Flandes, me ceñiré a lo más sustancial, y no abordaré otros asuntos de los que V. S. me tiene prevenido y de los que espero dar próxima cuenta.

La Grande y Felicísima Armada, bajo el mando de su excelencia el duque de Medina Sidonia, fue avistada en el cabo Lizard el treinta de julio pasado. Pese a llevar los ingleses semanas aguardándola, su llegada fue tan súbita que sorprendió a su flota de interceptación, que estaba fondeada en Plymouth. Se cuenta que el almirante Drake se hallaba jugando a los bolos cuando recibió la nueva, y que respondió, sin prisas, que habría tiempo de sobra para acabar la partida. Anécdota en que se revela, más que despreocupado, arrogante, y que al cabo resultó desafortunada, pues la flota inglesa salió de la ensenada con tal premura y desorden que bien pudieran haberla batido y desbaratado los nuestros si el capitán general hubiera estado mejor aconsejado.

Durante el tránsito del canal de la Mancha, los enemigos acometieron hasta en cuatro ocasiones —frente a Plymouth, Portland Bill, Swanage y la isla de Wight—, sin atreverse en ninguna a empeñar formal batalla por el buen orden y formación con que la Armada navegaba.

Al respecto, he tenido conocimiento por medio de un familiar de lord Burghley, de que la noche que siguió a la primera escaramuza se perdieron dos de nuestros navíos: el San Salvador, que voló por los aires a causa de una explosión en sus entrañas, y la nao Nuestra Señora del Rosario, del almirante Pedro de Valdés, que fue rendida

a Francis Drake en circunstancias que se antojan confusas, e incluso poco honorables, y que están aún por esclarecerse.

No obstante estos percances, la Armada mantuvo su rumbo, y el día seis del corriente arribó sin novedad a Caláis, conforme a las órdenes de Su Majestad, con ánimo de unirse allí al ejército de Flandes, comandado por el serenísimo Alejandro de Farnesio, y proceder juntos al cruce del estrecho. Mas como el dicho ejército no estaba listo, y Farnesio solicitó al duque algunos días para disponer el embarque —supongo a V. S. más y mejor informado que yo acerca de los pormenores de este asunto—, la Armada se vio forzada a anclar y aguardar en aquella ensenada, que es abierta y sin resguardo alguno, expuesta a los vientos y a las corrientes.

Aprovechándose de ello, la madrugada del ocho lanzaron los ingleses contra la Armada hasta ocho brulotes incendiarios. Y aunque, por gracia del Altísimo, no lograron prender fuego a ningún bajel, sembraron tal alboroto que muchos capitanes, temiendo lo peor, cortaron sus amarras y se dispersaron. Rota la formación, la flota enemiga se precipitó sobre los nuestros con las primeras luces del alba, como jauría sobre presa cierta.

Cuando dio comienzo la batalla, apenas diez o quince naves guardaban aún su puesto, galeones y naos cantábricas, lo más granado de la Armada, que formaron una improvisada línea de resistencia para hacer rostro al enemigo. Durante horas sostuvieron bravamente el choque, en duelos singulares contra buques que los rodeaban por los cuatro costados, hasta contener su impetuosa arremetida y dar tiempo a que otras naves se sumasen a la batalla. Pasado el mediodía, los combates comenzaron a amainar y ambas escuadras se separaron.

Pese a la dureza del ataque, los ingleses sólo pudieron hundir un navío y desarbolar a otros dos. Se oye hablar de daños mayores, cascos agujereados, jarcias deshechas y mástiles rotos, mas no hay noticia segura de ello.

La última especie que corre por Londres indica que la Grande Armada, imposibilitada de volver a Caláis a causa del viento, navega hacia el norte en solitario, sin que la flota inglesa siga sus aguas. Pero son tantas las nuevas, y tan encontradas, que sería más fácil dar con una aguja en un pajar que con la verdad entre tanto ruido. Y como si la confusión propia de estos sucesos no dificultase la tarea de obtener información fiable, la reina ha prohibido bajo severísimas penas toda alusión a los daños de su flota o a la flaqueza de sus mandos, lo cual no deja de ser indicio de que no salieron tan bien librados como presumen. Si el resultado les hubiera sido favorable, se oiría por todo el reino el repicar de las campanas.

Yo estaré atento a cuanto pueda sobrevenir, y lo haré saber sin tardanza a Vuestra Señoría, a quien Nuestro Señor guarde largos años, y prospere siempre en honra y salud.

Dada en Londres, a quince días del mes de agosto del año del Señor de mil quinientos ochenta y ocho».

4

MARGATE

El marinero notó que el batel se desviaba a babor y con el remo izquierdo dio varias paladas más potentes y corrigió el rumbo. Su capitán, ensimismado en sus pensamientos, no pareció advertir el cambio. La marea, casi baja, dejaba al descubierto extensiones de arena oscura y húmeda, repletas de charcas y regueros por donde correteaban bandadas de aves en busca de diminutos cangrejos. A lo lejos, un grupo de barcas varadas casi en paralelo despertó un recuerdo en el marinero, que había sido pescador antes de alistarse en la armada. Pensó que había hecho un mal negocio: la guerra le había traído hartas penalidades y escaso provecho. O ninguno, pues no había cobrado todavía una sola paga.

Sobre la ensenada de Margate, en el estuario del Támesis, un bosque de mástiles desiguales se alzaba entre pendones deslucidos y jarcias flojas. Más allá, en algunos puntos, la playa terminaba abruptamente en taludes invadidos por hierbajos. Entre las embarcaciones destacaba un gran galeón, de más manga y eslora que los barcos que lo rodeaban. Sus velas estaban recogidas, y se aferraba al fondo con dos anclas cuyos gruesos cables eran bien visibles. Las portas de los cañones permanecían cerradas, pero en cubierta había un constante ir y venir de hombres. Con unas pocas paladas más, el batel se acercó al costado de estribor, donde ya estaban fondeados otros botes.

—¿Quién va? —preguntaron desde la cubierta.

La voz sacó al capitán de su recogimiento. Se puso en pie, hizo bocina con las manos y gritó su nombre y el de su navío.

—Deseo ver al vicealmirante —añadió.

Un grumete largó un cabo, y el capitán subió con agilidad. Al llegar a la regala, apoyó la rodilla derecha, se deslizó y cayó en el combés del Revenge. Los marineros se apartaron para ceder el paso a otro oficial.

—Señor Trenton, ¿qué dichoso servicio os trae por aquí? —preguntó con una amplia sonrisa. Era un hombre alto y apuesto, con el rostro atezado y un porte elegante.

—Servicio sin duda, señor Oseley, aunque menos dichoso de lo que desearía —respondió Trenton mientras le estrechaba la mano.

—Lo imagino, pero no sois el primero que desea hablar con sir Francis. —El asistente del vicealmirante borró la sonrisa y señaló hacia la entrada de la tolda, donde varios hombres hacían corro—. Tendréis que aguardar vuestro turno.

—No tengo prisa.

—Son los capitanes del Elizabeth Drake, del Brave y del Red Lion. ¿Os los presento?

Trenton observó con atención al grupo: tres hombres curtidos en el oficio, inmersos en una animada conversación. Sólo conocía a uno de ellos, y no le era especialmente simpático.

—Aguardaré aquí, si no os importa.

El señor Oseley lo dejó a solas, y John Trenton se giró para contemplar la amplia ensenada donde estaba fondeada la flota inglesa. Las aguas del Támesis se mezclaban con las del mar del Norte en una transición casi imperceptible, aunque suficiente para transformar su naturaleza dulce en salada. Aquello siempre lo sorprendía: uno supondría que un río tan caudaloso penetrara más en el mar. Sus ojos abandonaron el agua y se alzaron hacia el cielo aborregado. Al oeste, las nubes parecían más densas, y calculó que para mediodía estaría completamente cubierto. Mirar hacia el oeste lo reconfortaba: por ese rumbo, a dos días de navegación con viento favorable, estaban su esposa y su hogar.

—Estaban —susurró para sí mismo. Y con el susurro le subió por el pecho una congoja profunda que llevaba tiempo intentando contener.

Poco antes de su último embarque había recibido de sus padres la noticia de la desaparición de su esposa: una tarde cualquiera, al dar un paseo, se detuvo un coche junto a ella y dos hombres la hicieron subir a la fuerza y se la llevaron. Trenton reventó un caballo para viajar a Saint James, la heredad de sus padres, y enterarse bien de lo ocurrido. Pero allí no halló pista ni explicación alguna. Era como si a su Elizabeth se la hubiera tragado la tierra. Desde entonces, no hubo día que no pensara en lo ocurrido. Su esposa era española y católica, pero apenas salía de la casa, ni tenía más contacto que su familia. A Trenton le habría gustado disponer de más tiempo para lograr entender su desaparición y encontrarla, pero las necesidades del servicio lo obligaron a regresar a su barco. Habían pasado más de tres meses desde aquellos sucesos. ¡Tres meses sin regresar al hogar! Trataba de no caer en manos del desaliento, pero había ocasiones en que le resultaba imposible. Cuando esperaba un hijo que prolongara su estirpe, cuando la fortuna comenzaba a sonreírle, había perdido a quien más quería. ¿Qué había hecho él para concitar tanta desdicha?

—¡John! ¡John Trenton!

Una voz familiar interrumpió sus pensamientos. Trenton compuso el gesto antes de volverse; no quería resultar descortés.

—¡William, William Furthow! —respondió, imitando el tono entusiasta del otro.

Furthow le hizo señas y Trenton se acercó al grupo. El capitán del *Brave* lo recibió con una palmada en el hombro.

—¡Cuánto tiempo, amigo John! —le dijo, y pasó a hacer las presentaciones—: Thomas Cely, Jervis Wilder: este es el valeroso capitán John Trenton, que nos acompañó en la expedición para poblar la isla de Roanoke, en el territorio de Virginia.

Los hombres le tendieron las manos, aunque no se mostraron impresionados por la hazaña.

—Ya ha llovido desde entonces, mis señores —continuó Furthow—. Cuatro años han pasado desde que sir Walter Raleigh nos enviara a fundar nuestra primera colonia en las Indias Occidentales. Lástima que las calamidades se confabularan contra nosotros, ¿verdad, John?

—No sólo las calamidades. Algo pusimos de nuestra parte los hombres —respondió Trenton, mientras recordaba las discusiones entre el gobernador y el almirante, las decisiones erradas y el abandono de un centenar de hombres tras la repentina marcha de la escuadra.

—¿Sabéis que al año siguiente sir Walter hizo otro intento de poblar Roanoke? —preguntó Furthow. Y prosiguió sin esperar respuesta—. Un centenar de familias con mujeres, niños, artesanos y soldados. Todo lo necesario para levantar una ciudad. Aunque no he vuelto a saber de ellos.

—Mala ocasión eligieron para hacerlo —comentó el capitán Wilder.

—Cierto —convino Furthow—, con la guerra encima y la flota anclada aquí.

Los hombres asintieron en silencio. Se oían con claridad el rascar de los cepillos sobre las tablas, las baldadas de agua y las voces de los marineros que faenaban en cubierta. Advertencias, reniegos, alguna risa.

—Ese es precisamente el punto —intervino el capitán Cely con fuerza—. ¿Qué hacemos aquí fondeados cuando hace días que los españoles se perdieron de vista? ¿Por qué seguimos consumiendo víveres y aguantando el malestar de las tripulaciones? ¿En qué están pensando los lores del almirantazgo?

Las palabras de Cely concitaron de inmediato la atención de los demás. Era evidente que todos compartían su inquietud. En realidad, por eso estaban a bordo del *Revenge*.

—¿Qué proponéis vos? —preguntó Furthow.

—Ir contra España —respondió Cely sin dudar—. Atacar mientras su armada está fuera. Si hemos de gastar víveres y soldadas, que sea por una causa provechosa para Inglaterra. Y si no, que nos desmovilicen y nos envíen a casa.

—Señor Cely, comprendo vuestros deseos de desquite —dijo Wilder con calma—, pero son muchos los navíos que no están en condiciones de emprender acción alguna en estos momentos.

Trenton notó la alusión a los «deseos de desquite» y miró a Furthow en busca de una explicación. Este, en voz baja, lo informó de que Cely había pasado cinco años como prisionero en El Puerto de Santa María y que desde entonces abrigaba un odio visceral hacia sus captores.

—¿Viveres habéis dicho? —continuó Wilder, elevando la voz—. En el Red Lion no queda un celemín de trigo ni un tonel de bizcocho sano. Mis hombres están hambrientos y enfermos. Si no desembarcamos pronto, el tabardillo se extenderá por toda la flota.

El comentario levantó un murmullo de asentimiento. Furthow frunció el ceño, preocupado.

—¿Tabardillo? ¿Estáis seguro?

—Por eso estoy aquí, caballero —respondió Wilder con tono suspicaz.

—Sí, señores, informar es necesario —dijo Trenton con convicción—, pero no bastará para cortar la peste.

—¿Y qué la cortará? —preguntó una voz a sus espaldas.

Todos se volvieron hacia el almirante, que había escuchado la última parte de la conversación sin ser advertido. Francis Drake, vestido con su habitual elegancia, aunque con ropa deslucida por el uso, mostraba canas en la barba, arrugas nuevas en el rostro y expresión de cansancio. Aquella maldita campaña también le había pasado factura, pero aún mantenía esa mezcla de autoridad y carisma que lo caracterizaba.

—Llevarlos a tierra, sir Francis —le respondió Trenton tras una breve pausa—. Permitir que se alimenten adecuadamente y que los enfermos más graves sean atendidos en hospitales.

El segundo almirante de la flota asintió con gravedad. Luego, su rostro se iluminó con una sonrisa, y lanzó una carcajada que resonó en la cubierta.

—Voto al diablo que tenéis razón, amigo John.

Su risa era contagiosa, y los capitanes lo secundaron.

—Eso es precisamente lo que deberíamos hacer —continuó Drake—. No es tiempo de escatimar con los hombres que han brindado esta victoria a la reina y tanta gloria a Inglaterra.

—¿Qué victoria, señor? —preguntó Cely.

Drake lo miró con expresión de reproche y le pasó un brazo por los hombros.

—Ah, Thomas, Thomas. ¿Qué ganáis poniendo en duda lo que es evidente? ¿Cómo vamos a celebrarla si nosotros mismos no nos la creemos? Una victoria, una gran victoria.

Soltó al capitán y, abriendo los brazos en un gesto amplio, los invitó a todos:

—Venid, señores. Acompañadme al almuerzo. Os presentaré a mi prisionero e invitado de honor. Un invitado al que pienso exprimir hasta el último ducado.

El comentario, aunque proferido con cierto humor, dejó un eco incómodo entre los capitanes. Sabían que ninguno de aquellos ducados se escurriría hasta sus bolsillos. Nada dijeron, sin embargo, y siguieron a Drake hacia la penumbra del alcázar.

5

GALEÓN REVENGE

La cámara principal era, como cabía esperar, amplia y lujosa, con dos grandes ventanales que le proporcionaban luz natural y ventilación. Adornada con tapices y mapas náuticos, el centro lo ocupaba una mesa de roble rodeada por varias sillas. Sobre ella, una lámpara de aceite apagada oscilaba con el leve balanceo de la nave. En uno de los costados había una estantería con una buena colección de volúmenes, un baúl donde su dueño guardaba bitácoras y cartas de navegación y un par de arcones de madera y hierro con los candados puestos. En el otro costado, tras las levantadas cortinas de damasco, podía verse una litera con una colcha vistosa y varios cojines mullidos. Trenton se fijó en el globo terráqueo que, en un rincón junto al lecho, sobre un pedestal, daba fe de que el vicealmirante de la flota había realizado la hazaña de circunnavegarlo.

—Tomad asiento, mis capitanes —invitó Drake a sus oficiales.

Aunque el servicio estaba puesto: vajilla fina, primorosamente adornada, cubiertos de plata y vasos de cristal, Drake llamó a uno de los pajes para que añadiera dos cubiertos más.

—Avisa al cocinero de que seremos seis —ordenó.

Sir Francis Drake no era un hombre corpulento, pero tenía los miembros bien proporcionados, el rostro bermejo, una condición jovial y la fortuna de su lado en toda suerte de empresas. Mientras aguardaba la llegada del almuerzo, se complació en ilustrar a sus invitados sobre la historia de su galeón.

El Revenge tenía fama de barco maldito, quizá por ello Drake, que se jactaba de forjar su propia suerte, lo había escogido como buque insignia. Para muchos de sus hombres, en especial los marineros, que eran gente supersticiosa, el navío estaba condenado a un desenlace trágico. Su historial no ayudaba a desmentir tales temores, pues había tenido ya dos peligrosos accidentes. En el primero, ocurrido durante un viaje a Irlanda, chocó con un arrecife que por fortuna no le perforó el casco. Años después varó a la salida del puerto de Portsmouth, cuando se dirigía a participar en una expedición al sur.

Pero sir Francis se reía de los malos presagios.

—Qué presagios ni presagios: un barco bendecido por la mano del Todopoderoso —dijo con confianza—, pues su salvación fue milagrosa.

El cocinero, que acababa de dejar sobre la mesa un jamón cocido y lo loncheaba con tridente y cuchillo, no compartía la opinión de su superior.

—No tuerzas la cara, señor Baker, que eres peor que un papagayo viejo.

El cocinero ignoró el comentario, sirvió una loncha en cada plato y salió en busca de más viandas. Sir Francis, por su parte, cambió de tema y centró la conversación en el asunto que los había reunido.

—Entiendo vuestro malestar, caballeros, pero las dudas sobre las intenciones de la armada española tienen a los ministros de Londres sin sosiego —se burló—. Algunos aseguran que se encuentra resguardada en un puerto escocés, esperando vientos favorables para regresar al canal; otros la creen invernando en Noruega; y hay quienes sostienen que intentará rodear Gran Bretaña para desembarcar en Irlanda o retornar al canal de la Mancha.

—Tengo entendido que la han avistado al norte de Escocia —comentó Jervis Wilder.

—Unos pescadores —añadió William Furthow.

—Nada verificado —opuso el almirante—. No podemos fiarnos de rumores.

—¿Qué pensáis vos, señor? —preguntó Trenton.

Drake se pasó la mano por la barba, un gesto mecánico que le ayudaba a reflexionar.

—Yo diría que han puesto proa a casa. Les hemos hecho mucho daño y necesitan lamerse las heridas.

El capitán Thomas Cely, más pesimista, negaba con la cabeza.

—Pero no hemos podido acabar con ellos.

—Pese a estar cerca de nuestras bases, nos faltaron suministros, pólvora, balas, víveres —apuntó Furthow, para quien las carencias de

su flota habían sido determinantes—. ¿Cómo se puede hacer la guerra así?

—Lord Howard hizo lo que pudo —argumentó Wilder, ofendido por las críticas, pues era hombre afecto a él—. No es fácil enfrentarse a un enemigo tan poderoso.

—Por supuesto —concedió Furthow—, pero convendréis conmigo en que el lord gran almirante tiene escasa experiencia en el mar.

—¿Qué insinuáis? —dijo Wilder.

—Que si supiera tanto de navegación como de teatro... —comentó con malicia Furthow.

Sir Francis sonrió solapadamente. No era un secreto que lord Howard patrocinaba una de las compañías teatrales más renombradas de Londres.

—No se trata de que no hayamos podido, señores, sino de que no hemos sabido —dijo Drake, de repente grave—. Sus barcos eran más pesados y torpes que los nuestros, pero mantuvieron en todo momento una formación impenetrable. Lo que nos faltó fue organización, potencia y doctrina militar. Entregar la flota y el ejército a personas cuyo único mérito es su cuna no parece la política más acertada. —Mientras hablaba, tenía los ojos puestos en el capitán Wilder. Sabía que, antes del anochecer, sus palabras llegarían a oídos del lord almirante—. El conocimiento nace de la experiencia. He participado en múltiples empresas navales, en el Caribe, en el Pacífico, en el Índico, de nuevo en el Caribe, en el golfo de Cádiz... No todas fueron exitosas, pero creedme que he aprendido mucho de ellas. En fin, mis señores, el lema de mi escudo habla por mí: la grandeza nace de pequeños comienzos. Y estoy muy orgulloso de ellos.

—Pero lord Howard de Effingham es el lord almirante —se atrevió a apuntar Jervis Wilder—, y sus órdenes deben ser acatadas.

Los otros capitanes miraron a Drake.

—Muy cierto. —El vicealmirante sonreía—. Y en este caso ha obrado con astucia. Después de que perdiéramos contacto con los españoles, envió dos navíos ligeros para seguir sus aguas. Cuando retornen, sabremos a qué atenernos. Mientras tanto, seguimos en zafarrancho. La amenaza que representa el ejército de Flandes al otro lado del estrecho es más real y cercana. Si Farnesio no ha desmovilizado a sus hombres, ¿por qué habríamos de hacerlo nosotros? —Drake recorrió la mesa con la mirada y concluyó con tono firme—: Así que nos toca aguardar, caballeros.

Los caballeros cabecearon en silencio. Trenton aprovechó la pausa para retomar el asunto que lo había llevado allí.

—Más cierta es la amenaza de una epidemia, si dejamos a un lado el descontento de los hombres, que aumenta cada día. Enfermos, mal alimentados y sin soldadas, son carne de motín.

—Señor Trenton, os tengo mucho aprecio, pero por Dios que me aburrís con ese asunto. Olvidaos de él siquiera por un rato y divirtámonos con don Pedro.

Trenton encajó la velada reprimenda con una sonrisa estirada. El cocinero volvió con una botija de vino, medio queso y almendras.

—Ah, Baker, haz venir a nuestro invitado de honor para que pueda disfrutar de tus manjares.

—Veneno le daba yo a ese don Pedro —refunfuñó el cocinero, aunque se apresuró a cumplir la orden y no tardó en regresar con el prisionero, que tenía ceñidas las muñecas con unos grilletos de plata unidos por una cadena larga y liviana que le permitía cierta libertad de movimiento. Se acercó a Drake, como si se tratara de un ritual repetido, para que se los quitara. Una vez libre, ocupó la silla vacía junto a su captor.

—Don Pedro de Valdés, el temido almirante de la escuadra de Andalucía —lo presentó Drake con tono afectado.

El español los saludó con una leve inclinación de cabeza. Era un hombre de pequeña estatura, pero de aspecto vigoroso, ojos grandes, pelo corto y unas manos casi femeninas. Su inglés era malo, por lo que la conversación se mantuvo en una mezcla de ambas lenguas. Hablaron, por supuesto, de asuntos navales. Don Pedro se expresaba con una cortesía excesiva, como si procurara disimular su condición de prisionero, aunque a Trenton le pareció un hombre con alta opinión de sí mismo. Drake intentaba tomarle el pelo y, tras cada chanza, lanzaba guiños a sus oficiales para que no hubiera duda de su ingenio.

El capitán Furthow, queriendo imitar a su superior, le preguntó con malicia por la dureza del combate en el que había rendido su navío.

—No hubo ningún combate. Mi nao colisionó con otra, perdió el gobierno y quedamos desamparados por completo. Yo no quise exponer inútilmente a mis hombres y rendí la nao a sir Francis.

—Tengo entendido que una de vuestras galeazas —siguió Furthow—, encallada frente a Caláis, sostuvo un durísimo combate contra la escuadra de lord Howard antes de que sus hombres la abandonaran.

—¿Insinuáis que actué con cobardía? —saltó don Pedro, y se puso en pie con el rostro encendido—. He participado en más combates navales que años tenéis, señor. Exijo que os retractéis de inmediato.

Furthow se echó atrás, sorprendido por la violenta reacción del español.

—Tranquilizaos, don Pedro —intervino sir Francis con aire apaciguador—. Mi capitán no os ha querido ofender. Ha sido sólo un comentario nacido de la curiosidad. Decidme, ¿por qué Medina Sidonia no trató de socorreros?

Drake sabía cómo desviar la atención de su invitado.

—Medina Sidonia es un hombre desconfiado y envidioso —respondió Pedro de Valdés, todavía tirante—, rodeado de asesores ineptos.

Drake, con un gesto a espaldas del prisionero, les dio a entender a sus capitanes que no era la primera vez que se despachaba a gusto.

—Don Pedro está muy interesado en negociar su rescate —continuó Drake—. Dice que podría poner cincuenta mil ducados sobre la mesa, con el rey en persona como fiador.

—Su Majestad no ha de abandonar a quienes lo hemos servido con lealtad —afirmó con solemnidad Valdés.

—¿Vos qué opináis, sir Francis? —preguntó Jervis Wilder.

—Es muy pronto para hablar de rescates: la campaña aún no ha concluido.

—Los rescates deben ser aprobados por la reina —señaló Wilder—. Tanto el de don Pedro como el de los otros capitanes que custodiáis en el Revenge.

—Por supuesto, Jervis —asintió Drake con calma—. Nada se hará sin su aquiescencia.

Tras responder al puntilloso capitán, el almirante se volvió hacia su prisionero para lanzarle una nueva pulla.

—¿Estáis seguro de que el rey don Felipe os avalará? ¿No os hizo encadenar tras una de vuestras campañas?

—Fue un equívoco, infundado por lenguas venenosas, que nunca faltan en la corte —se apresuró a aclarar Valdés—, pero ya se resolvió.

—Creo haber oído que en Terceira cosechasteis una derrota a manos de una tropa de vacas.

Don Pedro frunció los labios, humillado por el comentario, mientras trataba de hallar una respuesta digna.

Trenton, que había permanecido en silencio, observaba con atención el duelo verbal. Aquellos dos hombres le parecían tal para cual: Drake y Valdés, Valdés y Drake, si el uno era soberbio, el otro era petulante; si este resultaba vanidoso, aquel altanero.

—Yo estaba en Azores en aquella época —dijo de pronto.

Valdés levantó la vista, sorprendido.

—¿Con los portugueses?

—No.

—Ah. ¿Con los franceses?

—Con un buque corsario, señor.

El tono destemplado de Trenton cortó de raíz la curiosidad del español.

La conversación prosiguió durante un rato mientras el señor Baker no dejaba de llevar manjares a la mesa. Los capitanes, en cuyos barcos los víveres escaseaban, contemplaban con asombro aquella chorrera de comida, y callaban. Si había ocasión para una buena pitanza, mejor aprovecharla.

Finalmente, el vicealmirante de la flota se levantó y dio por concluido el almuerzo.

—Os acompañaré a cubierta, mis señores —dijo tras colocar de manera ceremoniosa los grilletes de plata en las muñecas de don Pedro. Algunos platos, aún a medio acabar, retuvieron las miradas codiciosas de sus capitanes.

El día se estaba nublando y el viento comenzaba a levantarse.

—Tras esta campaña vendrá otra, mis señores —anunció Drake junto a la borda—, y será un placer contar con vuestros servicios.

II

1

MAR DE ESCOCIA

Tras perder de vista a la flota inglesa, el duque de Medina Sidonia concentró todos sus esfuerzos en avanzar hacia el norte, sorteando chubascos, nieblas y un mar embravecido que desafiaba la resistencia de hombres y barcos. Sabía que sin la protección de su armada, las costas ibéricas quedarían indefensas ante un contraataque enemigo.

El San Martín, capitana de la armada, encabezaba la formación con todo su velamen desplegado para aprovechar el viento del sudeste y ganar leguas. Sin embargo, ese ritmo tan vivo dejaba atrás a los barcos más lentos y a los más dañados por los combates, y estiraba peligrosamente la formación.

Ante la perspectiva de un retorno largo y difícil, el duque ordenó racionar el agua y las vituallas a la mitad, y dispuso arrojar por la borda a las mulas y caballos con el fin de reducir el consumo. La imagen de los animales nadando desesperados tras las embarcaciones antes de hundirse entre las olas llenó de rabia a las tripulaciones.

—Quiera Dios que no echemos en falta su carne más adelante —comentó Celestino Solano, el contramaestre de la Santa Bárbara.

En la urca, el ambiente era sombrío. Entre los soldados, reclutados en su mayoría en Portugal y Extremadura, cundía la frustración. Eran jóvenes sin experiencia, que habían partido soñando con la gloria y veían el apresurado regreso como un humillante fracaso: no habían enlazado con el ejército de Flandes, ni desembarcado en tierras protestantes ni librado una batalla digna de ese nombre. La jornada de Inglaterra no les había traído honra ni fama. Las críticas a Medina Sidonia menudeaban. Se lanzaban acusaciones maliciosas y se recordaban decisiones controvertidas, como el abandono en el canal de la Mancha de la nao Nuestra Señora del Rosario. Maniobrar toda la armada para intentar rescatarla habría sido extremadamente difícil con el barlovento en contra, pero aquello no mitigaba la indignación.

Las críticas más feroces, no obstante, se dirigían contra Alejandro de Farnesio. Su demora en preparar al ejército de Flandes había condenado el éxito de la campaña. Lo acusaban sin ningún reparo de arrogancia y desinterés y de prestar más atención a las damas que a las armas.

La reducción de las raciones diarias enfureció todavía más a la tripulación. Media libra de bizcocho, medio cuartillo de vino y otro medio de agua era todo lo que se asignaba a cada hombre. El maestre Andriessen, convencido de que la Santa Bárbara tenía provisiones de sobra, propuso ignorar la orden, pero el capitán Bravo se negó.

—No tengo intención de acabar como mi predecesor —respondió delante de todos, aunque Duarte no pudo evitar preguntarse qué habría dicho si él no hubiera estado presente.

Días después, la armada alcanzó el norte de Escocia. Al sobrepasar el paralelo cincuenta y nueve, los barcos viraron al oeste y se adentraron en el pasaje entre las islas Orcadas y las Shetland. Dispersa en una amplia zona, la flota había perdido el orden de marcha, y varias unidades quedaron aisladas. A pesar de ello, Medina Sidonia no aminoró la marcha.

La Santa Bárbara era una urca flamenca de cuatrocientos toneles destinada al transporte de pertrechos militares y material de asedio. Aunque tenía dificultades para seguir el ritmo que imponía la capitana, Andriessen, que antes de ser maestre había sido piloto, la mantenía en formación.

El principal problema de la urca era que su casco, ya viejo, comenzaba a abrirse por las tracas de proa y embarcaba mucha agua, lo que obligaba a los marineros a faenar en las bombas para evitar que la bodega se inundara. Para remediarlo, el maestre mandó clavar cueros de vaca, a modo de parches, en el casco. Una solución rudimentaria que logró reducir el flujo lo suficiente para que pudieran continuar.

Duarte se apresuró a establecer relaciones con la tripulación. Su carácter abierto y decidido lo ayudó a disipar la inicial desconfianza y los hombres pronto lo vieron como un oficial dispuesto a conversar, bromear e incluso a escuchar quejas. Su origen portugués le facilitó el trato con los marineros de su tierra, aunque no con los soldados de Diego Hernandes, un grupo cerrado y difícil de abordar.

Tampoco le resultaba sencillo comunicarse con Andriessen. Sus respuestas, siempre escuetas, y su dominio limitado del castellano —o su falta de interés en hablarlo— no facilitaban el entendimiento.

El capitán Bravo, en cambio, tenía otra actitud. Ya fuera para ganarse su confianza o porque entendió que Duarte no buscaba perjudicarlo, apartó la adustez inicial y se mostró más receptivo.

Bartolomé Bravo era un veterano de Italia, Berbería y Portugal, donde había ganado fama de capitán esforzado, y también de rebelde, de ahí su destino en la Santa Bárbara. Fornido y con la cabeza rapada, disfrutaba alardeando de sus hazañas militares y conquistas amorosas en Italia, donde, según él, los capitanes españoles eran tan valorados que las damas

les abrían sus alcobas. Esas bravatas, que a Duarte le parecían de mal gusto, despertaban en cambio la admiración de sus hombres.

—No os envidio el encargo, señor Salazar —le dijo Bravo en una ocasión.

—¿Qué encargo?

—Ser la oreja del duque en un barco señalado por la rebelión no es tarea fácil.

—¿De veras creéis que es un barco rebelde?

El capitán rio y le dio una palmada en la espalda.

—No lo es. Ni lo era su anterior capitán. Tened por cierto que su ejecución fue un error.

Duarte no respondió, pero sospechaba que Bravo decía la verdad.

El frío no tardó en hacerse presente, un frío para el que los hombres no estaban preparados. Por fortuna, la urca llevaba un pañol lleno de mantas de campaña, y el maestro decidió repartir dos por cabeza.

—No hay necesidad de que se sacrifiquen en vano —informó Andriessen a Bravo y a Duarte, como si ambos compartieran el mando.

En cualquier caso, Bravo, desconocedor de los asuntos de navegación, dejaba en manos de Andriessen todo lo relativo al gobierno de la urca.

2

MARGATE

La Speedwell era una pinaza de setenta toneles con una tripulación inicial de treinta hombres, de los cuales apenas una veintena se mantenía en condiciones para el servicio. Se hallaba fondeada a varias millas de tierra, en el perímetro exterior de la flota, y hasta allí se desplazó Nicholas Oseley, el asistente de Drake. En cubierta lo recibió el contramaestre, Hugh Hardinge.

—El señor Trenton ha bajado a tierra —le informó—, pero no tardará en regresar.

Le extrañó la noticia a Oseley, toda vez que estaba tajantemente prohibido el desembarco de cualquier hombre de la flota, en especial de los oficiales, pero se guardó de hacer comentarios.

Pese a ser un barco auxiliar, dedicado a llevar avisos y realizar descubiertas, la Speedwell montaba sobre cubierta varias piezas de artillería de buena calidad.

La espera de Oseley no fue larga. Trenton traía consigo a un hombre pálido, barbado y tambaleante. Antes de saludar a Oseley, el capitán se volvió hacia el contramaestre y le pidió que condujera a su acompañante a sacar unas cuantas muelas.

Ante la mirada interrogante de Hardinge, se explicó:

—Es el único barbero que he encontrado. —Luego le preguntó a Oseley por el motivo de su presencia.

—Veo que os preocupáis por vuestros hombres —se admiró el asistente de Drake.

—¿Y quién no?

Oseley le dedicó una mirada calculadora antes de proseguir.

—El vicealmirante desea que os presentéis ante él al caer la tarde. Y que acerquéis la pinaza al Revenge.

—¿Mover la Speedwell?

—Esas son las órdenes.

Trenton se giró hasta dar la cara al viento.

—Con esta ventolina no va a ser fácil.

Oseley se encogió de hombros.

—La podéis atoar con la lancha —sugirió. Y como notó su curiosidad, añadió—: No tengo idea de cuáles son las intenciones de sir Francis.

Por más que lo sorprendiesen los deseos del almirante, Trenton no se entretuvo en vanas especulaciones y pasó la mañana supervisando el trabajo del barbero, que sacó unas cuantas muelas, sajó y limpió algún divieso y, antes de marcharse, lo alertó sobre el estado de los enfermos.

—No soy médico, capitán, pero su dolencia es contagiosa.

En pago a sus servicios, Trenton le ofreció una botija de manzanilla de Sanlúcar.

Por la tarde se levantó una brisa bonancible, suficiente para que la pinaza se aproximara al Revenge sin necesidad de ser remolcada. Drake lo recibió en el combés.

—¡Ah, señor Trenton! Hace un buen rato que os aguardo —dijo con impaciencia—. Vayamos a mi cabina. Allí estaremos más tranquilos. Vos también, Nicholas.

Sir Francis vestía la misma ropa que la última vez; desprendía olor a comino y portaba, por única protección, una daga vela colgada del cinturón. Cruzaron el pasillo de la tolda y entraron en la cámara. El segundo almirante de la flota cerró la puerta y salió al balconcillo de popa, que era amplio, con barrotes torneados y pintados de negro. Tanto secreto hizo crecer la curiosidad de Trenton, y también su desconfianza. Conocía bien a sir Francis y nunca lo había visto actuar de aquella manera.

Frente a ellos se divisaban las siluetas oscuras de numerosos navíos. El sol se había puesto, y en el horizonte quedaba un resplandor anaranjado. La luna era apenas una rodaja diminuta, y la estrella de la tarde pendía sobre ella como una joya brillante.

Sin más preámbulos, Drake informó a sus oficiales de la última novedad: habían regresado los capitanes enviados por Howard para espiar los movimientos de los españoles, con la noticia segura de que su armada había superado las islas Orcadas y puesto proa a España.

Sir Francis hizo una pausa. Oseley no pareció impresionado, por lo que Trenton dedujo que ya estaba al tanto.

—Esta mañana, el lord gran almirante me comunicó que había enviado despachos a Londres y que, sin duda, nos licenciarán en breve.

—Al fin —murmuró Trenton.

—Sin embargo, y puesto que la desmovilización es un hecho —Drake endureció el gesto y lo señaló con el dedo—, quiero que vos partáis esta misma noche.

Trenton abrió la boca, pero fue Oseley quien habló.

—No temáis, capitán. No se trata de ninguna deserción. Sir Francis ha extendido y firmado la orden oportuna.

El crepúsculo había avanzado, y resultaba difícil distinguir los rostros.

—Provenís de Portsmouth, ¿no es cierto?

—Así es, señor.

—Pues allí deberéis llevar la Speedwell, ponerla en carena y desmovilizar a la tripulación. Pero antes —el almirante hizo una pausa y alzó un dedo— os dirigiréis a Plymouth y entregaréis a una persona de mi confianza una valiosa mercancía.

—¿Qué mercancía?

—No seáis impaciente, John —se burló Drake—. Y ahora abarload la Speedwell al costado de babor del galeón.

Trenton obedeció sin rechistar y una hora después varios marineros del Revenge pasaban a la pinaza, con sumo cuidado, dos pesados cofres de madera. Concluido el traslado, Drake apoyó ambas manos sobre la regala, miró a su subordinado y alzó una ceja.

—Esos cofres contienen exactamente lo que tenéis en mente, señor Trenton, pero no le vamos a dar el empleo que sospecháis. Al contrario, servirán para engrandecer a nuestra nación y dar a los españoles una lección que tardarán en olvidar.

Trenton guardó silencio. La noche había caído por completo y en el cielo despejado brillaba una miríada de estrellas.

—¿Acaso no me creéis? —insistió sir Francis.

—Jamás se me ocurriría, señor. —Trenton sacudió la cabeza con gravedad—. Sólo estaba considerando otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Las soldadas de mis hombres —respondió con sequedad.

—Las pagas serán satisfechas cuando la Corona lo disponga.

—Esperan recibirlas antes de abandonar el barco. Después de tantos meses en el mar, volverán a sus casas con las manos vacías.

—No seáis tan quisquilloso con vuestros hombres, John. Para ellos no habrá mayor contento que verse por fin en tierra.

Quiso replicar el oficial, pero Drake lo interrumpió con un gesto.

—Dios proveerá, capitán. Dios proveerá. Mas tened por seguro que no olvidaré este servicio.

Trenton contempló a su superior. No era persona de fe ciega, ni en Dios ni en los hombres, y menos en sir Francis Drake. Sabía que era un marino excelente, un jefe astuto y un hombre que inspiraba una lealtad inquebrantable en sus subordinados. Pero también sabía que nunca había dejado de ser el pirata de antaño, el hombre que, por encima de cualquier otra cosa, miraba por su propio beneficio. En todo caso, si aquella misión le servía para regresar antes a Saint James y reencontrarse con los suyos, bienvenida fuera.

3

ATLÁNTICO NORTE

Tras alcanzar el punto más septentrional, se hacía preciso dar un largo rodeo hacia el oeste para evitar las peligrosas costas de Irlanda. Sin embargo, el Atlántico norte mostró su peor cara, con una sucesión de temporales y vientos del sur y del oeste que dificultaban cualquier avance hacia la península. Durante semanas, las naves, cada vez más dispersas, dieron bordadas y viraron de un rumbo a otro intentando bajar en latitud, sin más resultado que dañar cascos y arboladuras, consumir provisiones y extenuar a las tripulaciones.

Estas condiciones terminaron de fragmentar la Gran Armada. El grupo principal, encabezado por el San Martín, era seguido a distancia por otros contingentes menores. En uno de los más rezagados se hallaba la Santa Bárbara, junto a una decena de embarcaciones. Entre ellas marchaba el galeón San Juan, del almirante Juan Martínez de Recalde, como un perro pastor que procuraba reagrupar a las ovejas perdidas.

Una mañana, Recalde envió una falúa para conocer la situación de la urca.

—¿Qué necesidades tienen vuestras mercedes? —preguntó el patrón de la falúa.

—La más urgente es un ancla de respeto —respondió Bravo, repitiendo lo que le había comunicado el maestro—. Perdimos la principal frente a Caláis, y la que nos queda es demasiado pequeña.

—En eso no podemos ayudaros: todos andamos necesitados de ellas —replicó el patrón—. Y de víveres ¿cómo andan vuestras mercedes?

Bravo indicó que aún tenían provisiones para un par de semanas, pero que el agua escaseaba.

—Manteneos a la vista, y evitad derivar hacia el este —les aconsejó el patrón, antes de marcharse.

El panorama a bordo no tardó en agravarse. La urca seguía haciendo agua por la proa, a pesar de los parches de cuero, y los marineros, agotados, no daban abasto con las bombas, por lo que Andriessen pidió al capitán que los soldados también participaran en el achique.

—No es trabajo para soldados del rey —replicó Bravo con altivez.

Duarte, que observaba la situación con creciente preocupación, intervino:

—Capitán, si no colaboramos, esta nave se hundirá. Os ruego que lo reconsideréis.

Bravo, tras un momento de reflexión, accedió.

—Está bien. Pero vos y yo daremos ejemplo.

—Si queréis que os acompañe, allí estaré —le respondió Duarte. Y ambos encabezaron el primer turno en una de las bombas.

Los temporales no daban tregua: lluvia, vientos, granizo. Marineros y soldados trabajaban con riesgo constante, pero las tracas seguían abriéndose y, a pesar de su esfuerzo, la bodega acumulaba casi dos codos de agua.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Bravo al maestro.

—Ceñir el casco con maromas.

—Habladme en cristiano.

Se encontraban en el alcázar de popa. El océano, aún embravecido, espumeaba gris y amenazador.

—Rodearlo con unas sogas, señor capitán —dijo Andriessen—, como se amarra una caja para evitar que se abra.

—¿Es eso posible?

—Mañana lo veréis.

Al amanecer, el maestro llamó a dos de los mejores buceadores y ordenó sacar de la bodega dos gruesas maromas. Una debía rodear el casco a la altura del castillo de proa y la otra junto al palo mayor. Cuatro marineros se encargarían de largarlas desde un costado mientras otros tantos se preparaban para recibir las en el opuesto.

Cuando todo estuvo listo, los buceadores se despojaron de las sayas, a pesar del frío, y ataron a sus cinturas sendos cabos fijados a las puntas de las maromas. Andriessen había puesto la urca en facha y la nave cabeceaba al capricho de un mar agitado.

Los buzos se descolgaron por la banda de estribor, llenaron de aire los pulmones y se sumergieron en las heladas aguas. Duarte, consciente de la dificultad, decidió calcular cuánto tiempo podría aguantar él. Inspiró profundamente y contuvo la respiración. Pronto sintió el impulso de tomar aire. Los segundos se alargaban, su pecho se tensaba; apretó la garganta, pestañeó rápidamente, agitó los dedos. Los buzos no asomaban. Su corazón latía con fuerza, sus venas parecían a punto de estallar. La sangre se retiró de su rostro, su visión se nubló y el ardor en los pulmones se hizo insoportable. Finalmente, abrió la boca con desesperación. Luego de un rato, emergió el primero de ellos.

El hombre, con el cabello pegado al cráneo cual casco de cuero, braceó con esfuerzo hasta el costado de babor. Desde el combés le arrojaron un cabo y lo izaron a bordo. Apenas pisó la cubierta, se soltó de la maroma y se inclinó sobre la regala, buscando con la mirada a su compañero, que tardó unos instantes más en aparecer, jadeante y con los brazos en alto.

—¡Basta de diversiones! —gritó Andriessen cuando ambos estuvieron a bordo.

Siguiendo sus indicaciones, los extremos de las maromas se enlazaron y se tensaron al máximo con los cabrestantes.

—¡Más fuerza, flojos! ¡Quiero que esto quede más templado que una verga en una mancebía!

Los hombres sudaban y maldecían mientras empujaban los vástagos de las poleas.

—Espero que este circo valga la pena —comentó Bravo cuando hubieron terminado.

—Valdrá —replicó Andriessen, con seguridad.

Pero nunca tuvo oportunidad de comprobarlo.

Durante la guardia de la madrugada, el contramaestre Solano lo fue a llamar porque el viento había rolado al oeste y la urca se alejaba del grupo, pero halló su cabina vacía. Tras una búsqueda infructuosa, llamó al capitán y a Duarte.

—¿Seguro que lo habéis buscado?

—Dos veces, capitán —aseguró Solano—. Creo que lo han tirado por la borda.

—¿A qué viene eso? —replicó Bravo—. Es de noche, está nublado y tenemos mala mar. Se habrá caído.

—¿Caerse el maestro? Me cuesta creerlo.

—Cosas más extrañas se han visto. Además, todos sabíamos que le gustaba el vino.

—Era un buen marino. Borracho o no, no habría caído por descuido.

—¿Y qué insinuáis, entonces?

Solano, al notar las miradas inquisitivas de la tripulación, decidió ser más cauteloso.

—Podrían haberlo golpeado mientras dormía.

—¿Y arrastrarlo hasta la borda? Para eso se necesitan al menos dos hombres. Vos ocupáis la cabina contigua. ¿Oísteis algo?

—Desde que me dio el relevo de medianoche, nada.

—Ahí lo tenéis.

El contramaestre negó con la cabeza, poco convencido.

—Pensadlo bien —prosiguió Bravo—. ¿Quién mataría al maestre? Sin piloto, la nave está condenada. Se acabó el debate: Andriessen se cayó. Con este mar, hasta el más baqueano puede tener un descuido fatal. ¿No opináis lo mismo, señor Salazar?

Duarte había escuchado atentamente el cruce de opiniones. Aunque desconfiaba del apresurado juicio del capitán, decidió no alentar sospechas sin pruebas.

—Nada indica que lo hayan matado —concedió al fin—. No obstante, cuando lleguemos a puerto informaré del incidente.

—Hacedlo —zanjó Bravo.

El viento fresco que entraba por la amura de babor mantenía a la tripulación en constante actividad. Duarte, mirando el horizonte oscuro y encrespado, no pudo evitar estremecerse. No sólo por el frío. Sentía que todo se conjuraba contra aquella armada, cada vez menos grande y ya definitivamente dispersa.

4

PORTSMOUTH

La Speedwell largó velas y, aprovechando la brisa terral, puso rumbo al este. Tras doblar el cabo de North Foreland, avanzó paralela a la costa de Kent. El amanecer la sorprendió a la altura del estrecho de Dover, que los continentales llamaban de Caláis. Dejó atrás la isla de Wight y la de Portland y arribó sin novedad a la bahía de Plymouth. Al aproximarse al puerto, Trenton distinguió varios navíos bien armados. No tardó en saber que formaban parte de una escuadra al mando del conde de Cumberland, que aguardaba órdenes para emprender una expedición de corso contra las posesiones españolas de ultramar.

En tierra, recorrió varias calles antes de dar con la casa de mister Doe, un conocido prestamista y banquero de la ciudad, a quien entregó en mano una carta de Drake. El banquero se colocó unas antiparras, rompió el lacre de la carta y se retiró hasta la ventana para leerla con mejor luz. A medida que avanzaba en la lectura, sus cejas dibujaban

un peculiar vaivén: primero una se alzaba, luego descendía y después se fruncían ambas en un arrugado entrecejo para finalmente elevarse con expresión preocupada. Sacudió la cabeza con resignación.

—Esperad hasta la noche —dijo al terminar—. Enviaré unos hombres de confianza para desembarcar los cofres.

—Como queráis —respondió Trenton—, pero no me separaré de ellos hasta que estén en su destino y vos me hayáis firmado el correspondiente recibí.

—Lo mismo iba a deciros, capitán —apuntó m^{is}ter Doe con seriedad.

Bien entrada la noche, una cuadrilla de hombres con aspecto de rufianes se allegó a la Speedwell. Con ayuda de varios marineros, transportaron los cofres a tierra, no a la casa del banquero, sino a un almacén junto a la muralla. Allí, m^{is}ter Doe redactó un documento certificando la entrega.

Trenton no quiso demorarse hasta el amanecer. Conocía bien la bahía, así que se hizo a la mar antes del alba. Con viento favorable, cubrió en una sola singladura la distancia hasta Portsmouth.

La antigua abadía de Saint James, donde residía su familia, quedaba a media jornada a caballo, pero Trenton no pensaba ir allí hasta haberse asegurado de que su tripulación recibiera las soldadas. Se dirigió, pues, al cabildo en compañía de su contra maestre, Hugh Hardinge. Fueron recibidos por uno de los regidores, un comerciante llamado Adams, que pronto dejó claro que no estaba dispuesto a ofrecerles ninguna ayuda.

—Esta ciudad ya ha pagado un impuesto extraordinario para sufragar los gastos de la guerra, señor Trenton. —Su tono era inapelable—. Y varios hombres leales, entre los que tengo el honor de incluirme, hemos armado y apertrechado, a nuestras expensas y con gran sacrificio, siete navíos para la flota de Su Majestad. Corresponde a la Real Hacienda hacerse cargo de las soldadas.

—Mis hombres sí que se han sacrificado —replicó Trenton, con más vehemencia de la habitual—. Llevan cinco meses de campaña, han combatido, han pasado hambre y calamidades, han enfermado y, por su causa, algunos han muerto. No podemos enviarlos de vuelta a sus casas con las manos vacías.

—Me pongo en vuestro lugar —respondió Adams—, pero no está en mi mano hacer nada por ellos.

Trenton lo evaluó con la mirada.

—Conozco bien Portsmouth. Es una villa próspera y sus arcas municipales pueden sufragar parte de las pagas debidas a mis hombres, si no en dinero, en especie. También podéis ayudar en costas a las viudas y haceros cargo de los enfermos más graves.

—Portsmouth no cuenta con hospital de misericordia.

—Pero sí con médicos y cirujanos competentes.

—No podemos obligarlos a practicar su ciencia gratuitamente.

Trenton intentó apelar a la humanidad del regidor, que se mantuvo en una obstinada negativa. Peor aún, parecía convencido de que actuaba con absoluta rectitud. Aquella intransigencia lo indujo a pasar de los ruegos a las advertencias.

—He visto que los almacenes de la ciudad están bien surtidos...

El regidor entrecerró los ojos.

—¿Qué queréis decir con eso?

Trenton se inclinó levemente sobre la mesa. Su voz sonó más baja, pero no menos firme.

—Un hombre desesperado es un hombre peligroso, señor Adams. Por última vez os pido que os hagáis cargo de mis hombres.

El regidor sostuvo su mirada sin pestañear.

—Y yo, por última vez, os digo que no.

El capitán apretó la boca y cerró los puños, presa de la contrariedad. Habría deseado golpear a aquel obtuso hasta tumbarlo. Nada se lo impedía, pero la oportuna mano de Hardinge sobre su hombro lo detuvo.

—Será mejor que volvamos a bordo.

Trenton lanzó una mirada encendida a Adams y, sin despedirse, dio media vuelta y se encaminó hacia el puerto. El paseo, sin embargo, no bastó para calmarlo. Lo sublevaba la falta de compromiso del regidor, su indiferencia ante el sufrimiento ajeno. En la pinaza, continuó dándole vueltas al asunto. Durante toda la tarde estuvo recorriendo sus cubiertas, las manos en la espalda y en el rostro una expresión tan hosca que ningún marinero se atrevió a dirigirle la palabra. Al anochechar pareció haber tomado una resolución. Reunió a la tripulación y le explicó que las autoridades no tenían intención de abonar sus pagas, al menos en el corto plazo. No les restaba, pues, otro camino que hacerlo por su cuenta.

Los hombres le mostraron su apoyo incondicional.

—Así se habla, capitán.

Poco después, bajó a tierra con los que se hallaban en mejor estado y los dividió en dos grupos. Al contramaestre, acompañado de una pequeña escolta, lo envió a buscar a uno de los médicos de Portsmouth para que atendiera a los enfermos más graves.

—No lo tratéis mal, señor Hardinge —le ordenó—, pero tampoco aceptéis un no por respuesta. Decidle que yo me haré cargo de sus honorarios.

Él, con el resto de los hombres, se encaminó a uno de los almacenes del puerto, que sabía bien surtido de grano y otros productos. Saltaron

el candado y, con orden marcial, hizo sacar lo indispensable para que sus hombres pudieran satisfacer sus necesidades más inmediatas, además de un pequeño excedente para que llevaran a sus casas.

En la Speedwell lo esperaba el médico que había encontrado Harding, que examinó a los enfermos de mala gana.

—Tifus exantemático —diagnosticó con fastidio—. Deberían permanecer a bordo hasta que se curen.

—O hasta que mueran, que es lo más probable —replicó Trenton—. No, señor. Los enviaré a sus casas para que sus familias los cuiden.

—Si hacéis eso, la epidemia se extenderá.

—Si tanto os preocupa, recomendad al cabildo de la ciudad que los ingrese en un hospital.

El médico se encogió de hombros y pidió una libra por su trabajo. Un abuso que Trenton pagó religiosamente. Después desmovilizó a la tripulación, conforme a las órdenes de Drake.

—Haré lo posible por que os paguen lo adeudado, pero no os hagáis muchas ilusiones —les advirtió—. Y desapareced, antes de que se enteren de nuestra hazaña.

Se acostó casi de madrugada y durmió con la conciencia más tranquila. Por la mañana, cuando se disponía a partir hacia Saint James, fue detenido por el sheriff.

—¿Qué atropello es este?

—Quedáis arrestado por robo, secuestro y alteración del orden público —le respondió el sheriff, y ordenó a uno de sus ayudantes que le pusiera los grilletes y lo encerrase en la prisión.

5

ATLÁNTICO NORTE

Septiembre entró con mal pie. Las borrascas se sucedían sin pausa, azotando las embarcaciones y derrengando a las tripulaciones, y cada buque no podía hacer otra cosa que velar por su propia ventura. Mientras una parte de la armada navegaba hacia la península ibérica, otras naves luchaban por alejarse de las traicioneras costas de Irlanda, o intentaban hallar en ellas abrigo para reparar daños.

La Santa Bárbara, aislada ya de su grupo, trataba de capear el temporal como mejor podía. A pesar de las maromas que ceñían el casco, la proa, dañada por los continuos golpes de mar, seguía embarcando agua, lo que obligaba a achicar día y noche. La inundación no sólo restaba maniobrabilidad al barco, sino que había arruinado gran parte

de los víveres almacenados en la bodega. La galleta estaba húmeda, el tocino rancio y el queso enmohecido. El agua de las pipas se agotaba, y aunque se tendían lonas para recoger la lluvia, las olas que saltaban por la borda la salaban y hacían la labor inútil.

Los hombres no estaban en las mejores condiciones. Hasta los marineros más veteranos sufrían mareos por los constantes vaivenes. El agotamiento se sumaba al hambre, la humedad y el frío. El barbero de a bordo, cuya ciencia no daba para mucho, se limitaba a aplicar emplastos o recetar purgantes, hasta que estos se agotaron, como se agotaron las dietas especiales reservadas para los enfermos. Antonio de la Cruz, el fraile franciscano, lo ayudaba en lo que podía: vaciar orinales, llevarles el escaso rancho y, sobre todo, escuchar sus cuitas y aliviar sus almas.

Una tarde, un cometa apareció en el horizonte de levante. En la penumbra del atardecer, un punto de luz brillaba al final de una pluma difusa. Hubo división de opiniones sobre su significado: para unos era una señal divina, una guía del rumbo a seguir; para otros, la clara advertencia de una catástrofe inminente.

Fuera o no una señal, al día siguiente el viento, el cielo y el mar se conjuraron para descargar su ira contra la Santa Bárbara. La durísima tormenta, con vientos huracanados del oeste, convirtió el océano en un caldero hirviente. Olas gigantescas se abatían sobre las cubiertas con la violencia de una catarata, zarandeaban la nave como una corteza, la alzaban hasta alturas que daban vértigo para sumirla después en horribles simas donde parecía que toda el agua del mundo habría de sepultarla.

Con el trapo recogido, daban proa a la tormenta y aguantaban sus embestidas. Los marineros, jugándose la vida en la jarcia, trataban de mantener el barco a flote, mientras los soldados se reventaban en las bombas. La tarde se volvió noche, y la noche un abismo negro iluminado sólo por relámpagos. En un destello, creyeron ver a sotavento la silueta de otro navío, pero la luz lechosa del amanecer sólo reveló un océano vacío y amenazador.

En una tregua momentánea, sondaron la bodega, que ya hacía más de dos codos de agua.

—Así no hay forma de achicar, aunque desagüemos con baldes hasta morir —protestó Bravo, exhausto.

Duarte, a su lado, se encogió de hombros. Nada podían hacer sino desjarretarse en las bombas.

El temporal arreciaba. Las olas, más altas que nunca, destrozaban todo a su paso. El trinquete se desgajó, una de las maromas que ceñían el casco se rompió y el agua comenzó a colarse no sólo por la proa,

sino también por los costados. Los cañones, destrincados de los bragueros, rodaban por la cubierta como bestias sueltas: uno cayó al mar, otro le rompió la pierna a un soldado, y los ladrillos del fogón, sueltos, cruzaban el barco como balas.

Los esfuerzos de los hombres, al límite de su resistencia, resultaban vanos ante aquella furia desatada. Un pájaro, perdido en la tormenta, se estrelló contra la ampolleta de la bitácora y la destrozó: mal presagio para una noche que se cernía como definitiva. Los soldados, rendidos, aguardaban el final, elevaban plegarias al cielo, hacían votos desesperados o pedían a fray Antonio confesión.

El contramaestre dio entonces la orden de virar y correr la tormenta por la popa. Bravo protestó.

—¿Estáis seguro? —le preguntó, con esa desconfianza que tiene del mar la gente de tierra.

—No veo otra manera de evitar el hundimiento.

Despuntó por oriente un alba timorata que les permitió entrever la costa irlandesa. A Duarte le pareció una visión fantasmal, suspendida entre la quimera y la pesadilla: un perfil de acantilados y picos afilados, envueltos en brumas, bajo un cielo gris y opresivo.

El viento y las olas los empujaban hacia la costa, por más que intentaran alejarse. Solano mandó ceñir todo lo posible, navegar en paralelo y buscar una bahía donde guarecerse. Pasaban las horas. Mediada la tarde, cargó el sudoeste y se vieron metidos entre las dos puntas de una embocadura. El peligro era grande y, por no dar al través, siguieron ensenada adelante, donde Nuestro Señor fue servido de que hallaran cierto resguardo. Se sondaban las profundidades constantemente hasta que el contramaestre ordenó que se largara el ancla para fijar la urca al fondo.

—Más no puedo hacer —dijo Solano.

—¿Y ahora qué? —preguntó el capitán.

—Aguantar lo que se nos viene encima. —El contramaestre señalaba la negrura que dominaba el horizonte—. Y cuando amaine, habrá que vararla en la playa, reparar el casco y continuar el viaje.

Les sobrevino una nueva borrasca. Las olas barrían la cubierta con furia, mientras el cable del ancla se tensaba al límite de la rotura. Marineros y soldados, agotados pero tenaces, seguían luchando en las bombas. Duarte, con los músculos ardiendo, cumplía sus turnos con rabia, concentrado sólo en el presente.

—He mamado agua de mar desde la cuna —dijo el contramaestre en un breve descanso—, pero nunca me había enfrentado a una situación como esta.

Duarte no respondió.

Por la mañana, el cielo se despejó brevemente y los hombres pudieron observar el lugar donde se encontraban. La costa era baja, cubierta de un verde intenso y salpicada de peñascos. Una playa estrecha y rocosa recibía el constante embate de las olas, que levantaban espuma al romper y se retiraban burbujeantes. Entre la bruma se adivinaban las siluetas de algunas gentes que, desafiando al frío y el viento, se habían acercado a contemplar la urca.

—¿Serán naturales de esta tierra? —preguntó Eugenio López.

—¿Quiénes si no? —respondió el barbero Juan García, que se arropaba con una manta empapada.

—O una patrulla inglesa —terció un soldado joven, instruido y vivaz, cuya opinión valoraban sus camaradas.

Pese a la cercanía de la tierra, la situación seguía siendo dramática. El mar, todavía muy picado, continuaba azotando el casco. La fuerte resaca amenazaba con arrastrar la urca hacia el interior de la ensenada, el cable del ancla, cada vez más tirante, amenazaba con ceder y las afiladas rocas que asomaban a flor de agua auguraban un desastre si la nave derivaba más.

El cielo volvió a cerrarse y el viento cargó con renovada furia. La costa se desdibujó, y por el lado del mar asomó un gran buque que navegaba del través. Estaba maltrecho, con las velas hechas jirones. Al avistarlos, modificó su rumbo para intentar aproximarse a la ensenada, pero debieron de considerar demasiado peligrosa la embocadura y volvieron al mar abierto para correr la tormenta. Su silueta aparecía y desaparecía entre las olas hasta que se perdió tras la espesa cortina de lluvia.

—Se me hizo un galeón —aventuró el capitán.

—A mí, una nao levantina. Quizá la Regazona —opinó el contra-maestre.

Duarte recordó que en esa nave viajaban un par de viejos compañeros y rogó por que el destino les fuera propicio.

Al día siguiente, el mar cargó tanto que el ancla garreó e hizo derivar la urca hacia la costa. Los hombres fijaban sus miradas en el cable, como si con sus ojos pudieran reforzar su firmeza. Sin embargo, la embarcación continuó su lenta deriva hasta chocar contra una resinga rocosa que emergía en el centro de la rada.

El golpe, fortísimo, hizo rodar por las tablas a quienes no estaban bien aferrados. El crujido de la madera al ser destrozada por la piedra pareció brotar de una garganta monstruosa. La Santa Bárbara quedó fuertemente encallada. Los soldados, alterados, se temían lo peor. Fray Antonio, con la cruz alzada, convocaba al rezo a quienes quisieran unirse a él. Otros, en cambio, se asomaban a la borda y retrocedían atemorizados al ver cómo el oleaje espumeaba alrededor del casco.

El capitán Bravo salió a cubierta y se dirigió a Duarte.

—¿Qué diablos ha ocurrido?

—La popa ha encallado en esas rocas —respondió Duarte, señalando hacia abajo.

—¿Nos hundiremos?

—No de inmediato.

—¿Qué queréis decir?

—Justamente eso, capitán. El contramaestre ha bajado para evaluar los daños.

En ese momento lo vieron emerger por una de las escotillas, en compañía del carpintero y del calafate.

—La roca ha abierto una buena vía de agua en la aleta de babor, junto a la popa, y el eje del timón se ha roto —informó con calma, pese a la gravedad de sus palabras.

—¿Hay alguna buena noticia? —preguntó Duarte.

—La marea apenas ha empezado a bajar, y tenemos varias horas para abandonar la nave. La misma roca que ha horadado el casco actúa de tapón.

—¿Podremos repararla?

—Dependerá del temporal. Si sigue azotando así y la desencalla, se hundirá en un santiamén. Lo que se impone es llevar a la gente a tierra.

Tras mucho debatir, acordaron botar el esquife y tratar de alcanzar la playa para pedir ayuda a los lugareños que, cada vez en mayor número, se arremolinaban en ella. Necesitarían varios botes para evacuar a la tripulación y parte de la carga. Sin embargo, el mar mostraba tal cara de perro que nadie se ofreció voluntario, y el contramaestre tuvo que designar a los dos remeros que irían en el esquife. El capitán Bravo, por su parte, señaló a Duarte.

—Vos conocéis la lengua de los herejes —le explicó.

—Apenas unas palabras.

—Más que yo.

—Los naturales de esta tierra hablan otra lengua. —Duarte recordaba lo que un irlandés que viajaba en el San Martín le había contado sobre el gaélico. Pero, por no parecer cobarde, se calló y acató las órdenes.

—Que os acompañe también el fraile, que sabe latín —ordenó Bravo. Y fray Antonio tragó grueso y subió al esquife.